

ASENTAMIENTOS INDIGENAS EN EL VALLE DE LA LAGUNA (Samacá — Boyacá)

Ana María Boada Rivas. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales

Banco de la República, 1987.

En los últimos años se han llevado a cabo varias e importantes investigaciones en la zona muisca, que indudablemente han contribuido al avance del conocimiento de los procesos históricos en ella ocurridos. La parte sur del territorio muisca es decir, la Sabana de Bogotá y sus alrededores ha sido más estudiada y en la actualidad se sabe que después de la etapa Lítica, estuvo habitada por dos etnias: la del llamado Período Herrera y la del Muisca. El norte de este territorio, correspondiente al actual departamento de Boyacá, no ha sido objeto de tantas investigaciones y aún no se conoce con precisión la historia de su poblamiento. Tunja y sus alrededores ha sido la región donde se han detectado los vestigios más antiguos de ocupación humana prehispánica. En un abrigo rocoso localizado en las cercanías del puente de Boyacá, investigado por Becerra (1985), se hallaron vestigios del período Lítico y del Herrera. En Tunja, Castillo (1984) excavó un sitio estratificado en el que encontró cerámica perteneciente al Período Herrera y al Muisca.

Este libro se enmarca dentro de las investigaciones arqueológicas pertenecientes al último período de ocupación prehispánica del norte del Altiplano Cundiboyacense, es decir, el período Muisca. Es una excelente investigación que refleja el trabajo sistemático y continuo que desde 1983 lleva a cabo la autora en la zona.

El interés inicial de esta investigación se centró en buscar los asentamientos correspondientes a dos ocupaciones muiscas de la zona, relatadas en unos documentos de archivo investigados por Londoño (1983). Según éstos, poco tiempo antes de la conquista española los caciques de Ramiriquí, Cucaita, Sora y Samacá sujetos al Zaque de Tunja, desplazaron a los habitantes del valle: cacicazgos de Saquenipá, Monquirá y Sáchica, haciéndolos irse hacia el valle de Leiva y zonas aledañas. A su vez los habitantes de estos últimos lugares fueron desplazados hacia otras zonas. En el valle de Samacá se asentaron los caciques de Ramiriquí, Cucaita, Sora y Samacá.

Con el reconocimiento arqueológico del norte del valle se localizaron doce asentamientos indígenas, en los que se recolectó abundante material cerámico cuyo análisis sugiere que los sitios fueron ocupados en distintas épocas, de acuerdo a una fecha absoluta y a la secuencia cronológica relativa obtenida por el método de la seriación, con base en la periodización establecida por Castillo para el material de Tunja (1984).

De acuerdo a las características de la cerámica encontrada en los sitios, a los datos etnohistóricos, al patrón de asentamiento y a las prácticas funerarias, la autora intenta relacionar los asentamientos con los cacicazgos que habitaron el valle según los documentos de archivo. Tentativamente los sitios correspondientes a la primera ocupación (cacicazgos independientes de Saquenipá, Monquirá y Sáchica), serían: Cucaita II, Llano II y posiblemente Churuvita, Peñitas y Pupaguá. Los correspondientes a la segunda ocupación (cacicazgos de Ramiriquí, Cucaita, Sora y Samacá) serían: Cucaita I, Pueblo Viejo, Tapias II, Llano I y Tapias I. De lo anterior surgen nuevos interrogantes acerca de la relación del valle de Samacá con la zona de Tunja o el norte del Altiplano que como lo afirma Boada requiere mayor investigación.

Respecto al patrón de asentamiento los datos de Boada comprueban los planteamientos de la mayoría de autores (c.f. Broadbent, Sáenz, Langebaek), basados principalmente en datos etnohistóricos, en cuanto a la existencia de pequeñas aldeas nucleadas y de viviendas dispersas, usadas esporádicamente de acuerdo con el ciclo de las labores agrícolas. Este es uno de los aspectos más valiosos del trabajo, puesto que se obtuvieron los datos arqueológicos que comprueban los etnohistóricos.

Dos de los sitios localizados en el valle presentan problemas en cuanto a su ubicación temporal: Siquianeca y Marín. En el primero se encontró un alto porcentaje de cerámica del tipo

Naranja Pulido y una fecha del 1020 ± 140 D.C., asociada a una copa del tipo guane Oiba Rojo sobre Naranja. Boada considera que este dato no está de acuerdo con la secuencia de Castillo en Tunja, donde el tipo Naranja pulido aparece hacia los siglos X o XI D.C.; y piensa que este sitio puede estar más relacionado con la parte norte del Altiplano, específicamente con Sutamarchán donde esta misma cerámica se fechó en el 1005 ± 260 D.C. (Falchetti, 1975), y con el territorio guane donde el tipo Oiba Rojo sobre Naranja (muy similar al Naranja Pulido), se fechó en el 1160 ± 60 D.C. (Sutherland, 1971). Respecto a esto me parece que los datos de cronología absoluta no están en desacuerdo con los de Tunja, teniendo en cuenta sus márgenes de error y el hecho de que la secuencia cronológica de Tunja es relativa.

El segundo sitio, podría ser uno de los más antiguos del valle, considerando la abundancia en él de cerámica del tipo Desgrasante Gris, que al parecer es el más antiguo detectado en la zona. Boada lo trata con cautela por la presencia en él de una cerámica denominada Cucaita Desgrasante Blanco muy similar a la Desgrasante Gris en sus rasgos esenciales, pero que es tratada por separado en Tunja por Castillo. Es preciso enfatizar aquí en la importancia que tiene la homogenización de la información para tratar la zona del Altiplano como un área en general, y evitar los problemas de la excesiva regionalización, como el establecimiento de muchos tipos cerámicos pertenecientes a los mismos períodos culturales.

Marín es un sitio localizado en una pequeña colina al suroriente del valle. Allí se obtuvo abundante información respecto al patrón de asentamiento, las viviendas y las prácticas funerarias. En la ladera norte de esta colina se observan varios aterrazamientos artificiales, donde los indígenas construyeron sus viviendas. Se excavaron tres de éstos, encontrando la planta circular de las casas compuesta de arcilla y piedras pequeñas, la cual se prolonga en un área que debió ser de circulación y de acceso a las viviendas. Dentro y fuera de las casas halló tumbas.

La importancia de los hallazgos en este asentamiento es evidente. Es ésta la primera investigación en el territorio muisca que se ocupa del estudio profundo de un asentamiento en particular,

presentando los datos acerca de sus características y distribución de manera clara. Otro aporte de gran valor lo constituye el estudio sistemático de las prácticas funerarias detectadas en Marín, para lo cual Boada diseña una ficha de registro de la información sobre las tumbas y otra sobre los esqueletos, que resultarán útiles en futuras investigaciones del área muisca.

Entre las prácticas funerarias se destacan los envoltorios como parte del tratamiento de los cadáveres hechos en ceniza, mantas o tejidos de otras fibras, las tumbas de pozo con nicho y el recubrimiento de algunas con arcilla. Es interesante la existencia de deformación craneal de tipo tabular oblicuo, práctica poco reportada para el territorio muisca. Se estudiaron las patologías existentes en los esqueletos, hallándose que la columna vertebral era la parte del cuerpo más afectada.

En la parte final la autora enfatiza en la estrecha relación existente entre los guane y los muisca, planteando la posibilidad de que en el valle de Samacá hubiesen existido asentamientos de los primeros. Para esto se basa en la presencia de cerámica guane en los sitios de Siquianeca y Marín y en la coincidencia de algunas prácticas culturales como las tumbas de pozo con cámara, los envoltorios en los cadáveres y la deformación craneal. Las evidencias arqueológicas obtenidas hasta el presente en el valle de Samacá, no parecen suficientes para comprobar esta hipótesis; puesto que el porcentaje de cerámica guane es muy bajo y las prácticas funerarias son un aspecto que no ha sido estudiado a fondo en otros lugares del norte del territorio muisca. Como lo dice la autora, solamente futuras investigaciones aclararán aspectos como éste.

La investigación de Boada constata la existencia en el centro y norte de la cordillera oriental colombiana, de una misma tradición cultural, de la que participaron diversos grupos étnicos como los muisca, los guane y cuyos límites cronológicos estarían entre los siglos IX y XVI D.C., según los datos conocidos hasta el presente.

SONIA ARCHILA M.
Arqueóloga